



El efecto de dar demasiadas elecciones a los niños.

La Semilla Violeta
3/12/2022

Sabemos que el desarrollo de la autonomía es importante, incluso una necesidad vital de todo ser humano.

Facilitar la autonomía significa apoyar el impulso interno de una criatura por hacer algo por sí misma, con sus medios y capacidades, a su tiempo.

Significa no hacer por ellos.

Por ejemplo, vestirse y desvestirse por su cuenta, coger el alimento para llevarlo a su boca, transportar cosas de un sitio a otro, poner y sacar objetos de un recipiente, guardar las cosas que ha sacado, lavarse las manos solita, etc.

Ser autónomo tiene que ver con estar conectado consigo mismo, uniendo aquello que necesita hacer con lo que puede hacer a nivel físico, afectivo, cognitivo.

Pero nos encontramos con que las familias están confundiendo autonomía (esa fuerza interna e innata, de dentro a fuera) con una toma de decisiones (algo racional, ponderado, una función ejecutiva que termina de madurar recién hacia los 20-25 años).

Niñas muy pequeñas que deciden sobre cómo organizar el salón, niños de 3 años que eligen los planes del fin de semana de toda la familia, niñas que no dejan que su madre o padre inviten a algunas personas a su casa, niños que crean el menú semanal o determinan la cesta de la compra...

Evidentemente podremos tener en cuenta, según la edad, el sentir o pensar de esa criatura sobre diversos temas y situaciones. Recibimos sus opiniones y preferencias.

Pero la toma de decisión como tal es responsabilidad del adulto. Siempre.

Un niño no puede decidir sobre cosas cuyas consecuencias no es capaz de anticipar, ni comprender, ni mucho menos hacerse responsable.

Cuando permitimos, o animamos, a que nuestros hijos e hijas tomen decisiones que no les corresponden, les estamos añadiendo un peso enorme e injusto, muy difícil de llevar.

Poner sobre sus hombros esa losa debilita su fuerza vital, genera un desorden en los roles familiares y les produce mucha inseguridad.

Los niños y niñas necesitan una presencia firme por nuestra parte. Que sostengamos nuestras elecciones incluso cuando les generen frustración, enfado o tristeza.

Acogemos su malestar, claro, pero no cambiamos la decisión si esta ha sido tomada con criterio y discernimiento.

Tenemos que consultar nuestra brújula interna para decidir, ¡y no nuestros hijos e hijas!.

Si las personas adultas somos capaces de ofrecer una experiencia de autoridad amorosa, a la vez que potenciamos la autonomía (bien entendida), la infancia podrá crecer con confianza y seguridad.

